

Y á tí, Fernando, te lloré por muerto! . . .
Fern. Se portó como un vil; mas de su infamia
No ha de alavarse, no, por mucho tiempo.
Isabel, soy tu hermano y te perdono;
Pero es preciso tu delito horrendo
Cubrir eternamente: tú lo has dicho:
Tu sepulcro desde hoy sea un convento.
Isabel.—Es toda mi ambicion: sí, hermano mio,
Despues de tu perdon un monasterio:
Acabar quiero en él mis tristes dias
En penitencia como aquí lo he hecho.
Fern.—Pues bien, prepárate: mañana mismo
Vendré por tí para llevarte luego.
Desde hoy para mí vives: para el mundo,
Hermana mia, por tu honor, has muerto.
Y abrazándose entrambos cariñosos,
Lágrimas dulces sin cesar vertiendo,
Hasta el siguiente dia, con voz dulce,
Llenos de dicha ya se despidieron.

III.

Volvamos ahora, lector,
Aunque tu labio critique
De esta leyenda al autor,
A la noche en que Fadrique
Juzgó con otro á Leonor.
Y sigámosle al convento
Con su criado Ferran,
Do una jóven, con afan,

Cuenta uno y otro momento
Que pasando tristes van.

En una celda elevada,
Una monja de buen talle,
Suspira por ver la calle,
Como suspira, encerrada,
La tórtola por el valle.

Dos lágrimas descendiendo
Van por su faz de clavel,
Que al último van cayendo
Sobre un escrito papel
Que está con afan leyendo.

—¡Cómo pondera su amor! . . .
La infeliz monja decia.
Su lenguaje seductor
Difunde en el alma mia
Un deleite encantador.

Nunca sentí este placer
Que adormece y enagena
El cielo haciéndonos ver.
De dicha el papel me llena,
Voy á volverlo á leer.

“Vida de la vida mia:
“En mis desdichas el bien,
“Que me inunda de alegría,
“Flor cortada del eden
“Donde el aura la mecía.
“Angel del celeste coro”

“Que al lado del Criador

“Pulsa las arpas de oro,

“Yo muero por ti de amor;

“Yo con delirio te adoro.

“Paloma blanca del cielo

“Para el encanto nacida,

“Remonta al punto tu vuelo;

“Deja el claustro sin recelo

“En donde estás escondida.

“Deja la triste clausura

“Donde estas encarcelada,

“Que perderas tu hermosura,

“Cual la rosa delicada

“Que no goza el aura pura.

“Sal al mundo á disfrutar

“Los bienes que el Criador

“Llegó en él á colocar;

“Ven, angel mio, á probar

“Las delicias del amor.

“De ese amor que embriaga el alma

“Y enagena los sentidos;

“De ese amor que adormecidos

“Deja en deleitosa calma

“En la tierra á los nacidos.

“Rompe, paloma, esos lazos

“Que te amarran al altar:

“Hazlos al punto pedazos,

“Y arrojate en los mis brazos

“Desde hoy á vivir y á amar.

“A amar y á vivir, sí, hermosas:

“A amar y á vivir, mi bien.

“¡Ah! deja ese encierro y ven:

“Ven a mi seno amorosa,

“Que es el amor el eden.

“Tres años ha que te ví,

“Cuando huyendo de este suelo.

“Vestias de monja el velo,

“Al traves del que ¡ay de mí!

“Miré tu rostro de cielo!

“Y desde entonces, Rosmunda,

“Ni un solo dia al convento

“Dejé de ir, donde tu acento,

“Mi herida de amor profunda,

“Dulcificaba un momento.

“Y te adoré y te escribí;

“Y tú, rendida á mi amor,

“Piedad tuviste de mí;

“Y llevé, do quier que fuí,

“Tu recuerdo encantador.

“Y en los dos años de ausencia

“Que lejos de tí he pasado,

“Ni un instante te he olvidado,

“Porque eres tú mi ecsistencia

“Que Dios para amar me ha dado.

“Y hoy vuelvo para cumplir:

“La oferta que te hice, hermosa;
“Por tí esta noche he de ir,
“Dadas las doce, mi diosa,
“Para lejos de aquí huir.

“Espérame, pues, Rosmunda,
“Que todo tengo arreglado.
“Sabes mi pasión profunda,
“Y que aunque el convento se hunda,
“De él te sacaré arrestado.”

—¡Y aun no perece! decía
La monja con inquietud.
La infeliz no conocía
Que aquella pasión impía
Manchaba ya su virtud.

Ciega de un insano amor
Que desgarraba su pecho,
Se olvidaba del Señor
Por un hombre corruptor
Que infelice la hubo hecho.

Tierna y cándida paloma,
Que el nido vas á dejar,
Tus alas vuelve á plegar,
Que la tempestad asoma
Que va sobre tí á bajar.

Mas ¡ay! ¿qué hará una muger
A quien la juran amor
Y hacerla una reina ser,
Sino adorar y querer,
Y querer cencie goardor?

¿Que hará la tórtola amante
Que está en la jaula encerrada,
Sino suspirar constante,
Sin descansar un instante
Por la floresta adorada?

¿Que hará la jóven hermosa,
A quien mandan, sin piedad,
Que sea de Dios esposa,
Sino suspirar llorosa
Por su amada libertad?

¿Que hará el cautivo que jime
En una estrecha prisión,
Sino al que sus hierros lime
Darle entero el corazón
Al cual el dolor oprime?

¿Qué hará la jóven sencilla,
Con el que rompe los lazos
Que ella no ama y los mancilla,
Sino arrojarle en sus brazos
Donde su ventura brilla?

¡Pobre Rosmunda! ella entró
Sin voluntad al convento;
Y el voto que pronunció,
El mandato violento
De sus padres la arrancó.

Dispuesto su pecho a amar
Al hombre con tierno ardor,
Sintió un agudo pesar

Cuando solo al Criador
La mandaron adorar.

Y por eso siempre triste
Pasa la vida llorando,
Con impaciencia esperando
Que del lugar donde existe
La saque el que ella está amando.

Y por eso en esta oscura
Noche triste en que murmura
En la calle el raudal viento,
Suspira ella en el convento
Sin que aquel la dé pavora.

Pero aparta cuidadosa,
Por un secreto temor,
De una imagen milagrosa
Que está allí del Redentor,
Siempre la vista, afanosa.

Y evita mirar la sombra
Que de él dibuja la luz
Y que al deliuciente asombra;
Y de espalda ácia la cruz
Solo á su Padre nombre.

Y así pretende engañar
De su alma triste el pavor;
Pero al mas leve rumor
Que detras llega á escuchar,
Palidece de temor.

Y ya sin quietud ninguna

Esperaba ella el momento
De respirar libre el viento,
Cuando el reloj dió la una
En la torre del convento.

—¡Y aun no viene! repetic;
¡Ah! tendré que renunciar
A la dicha que veia!.....
¡Oh! mas morir me valdria
Que en este encierro quedar!.....

Y al decir esto, un lamento
De sí muy cerca escuchó
Dado en el mismo aposento;
Pero aunque todo miró,
Nada ver pudo al momento.

—Será el aire: murmuró
Despues de un ligero instante;
Y de una mesa delante
Afijida se sentó
A esperar así á su amante.

¿Por qué me ha hecho conocer
Ese amor que es mi existencia,
Prosiguió volviendo á leer,
Sino habia de romper
Mis grillos, Dios de clemencia?

¿Por qué hacerme consentir
En un bien dulce del cielo,
Para hacerme maldecir
Despues cuanto hay en el suelo
Dejándome aquí á sufrir?

Y otro mas triste lamento
De sí muy cerca escuchó;
Y alzó la vista al momento,
Y la infeliz sin aliento
Por un gran rato quedó.

Del sitio do el Redentor
Se veía colocado
Y en la santa Cruz clavado,
El acento de dolor
Salió, que había escuchado.

Y asustada, fija en él
La vista y sin respirar
Quedó en el instante aquél,
Viendo al Señor de Israel
Sangre del cuerpo sudar.

—¡Dios mió! piedad, clamó
Sintiendo un sudor de muerte,
Y de rodillas cayó;
Y el Cristo un brazo movió
Con sacudimiento fuerte.

¡Ah! perdon!.... yo me arrepiento:
Dijo Rosmunda de hinojos;
Y el Cristo otro movimiento
Hizo, y lanzó otro lamento
Y fijó en ella los ojos.

Con el cabello herizado
Rosmunda aquello veía;
Y el Cristo crucificado,
Vertiendo sangre seguía

De las manos y el costado.

Y la lámpara que estaba
Alumbrando al Redentor,
A la vez que este temblaba,
Aquella se amortiguaba
Dando un túbio resplandor.

Y conteniendo el aliento,
De terror sobrecojida,
Sin hacer un movimiento,
Y con el alma oprimida
La monja está en tal momento.

Mas su sorpresa profunda,
Que en frío sudor la inunda,
Mas á aumentarse llegó,
Cuandó el Cristo pronunció
Estas palabras: ¡„Rosmunda“!....

Y todo en calma otra vez
Quedó en la celda un instante:
En su mortal palidez
Mostrando, la monja amante,
Su terror é insensatez.

Y otra vez, con voz profunda,
Brillando opaca la luz
Que estaba ya moribunda,
Haciendo mover la cruz
Volvió á exclamar Dios: “¡Rosmunda!”

—¡Perdon!.... Señor de Israel!....
He sido una esposa infiel,

Dijo la monja: ¡perdon!.....
Y rasgó el fatal papel
Que infamó su corazón.

Y todo en calma quedó;
Y Dios á inclinar volvió
Su cabeza sobre el pecho,
Y la lámpara volvió
A alumbrar el cuarto estrecho.

—¡Ah! te he ofendido, Dios mio;
Te he ofendido y vuelvo á tí:
Detesto mi amor impio:
Vivir aquí es mi albedrio,
Ten piedad, Padre, de mí!.....

Defiéndeme del mortal
Que esa pasión infernal
Me hizo sintiera cruel:
Haz que no vea yo á él
Cuando entre aquí, por mi mal.

Y de la celda se abrió
La puerta en aquel instante
Que entrada á Fadrique dió,
El cual á abrazar corrió
A su amada, delirante.

—¡Rosmunda, paloma mia!
Dijo ciego al abrazarla;
Mas yerto quedó al tocarla,
Porque era una estatua fria
De bronce á quien fuera á hablarla.

—¡Qué es esto! dijo admirado.....
¡Una estatua!..... no: yo oí
Al instante que entré aquí,
Su voz, de dicha embriagado,
Y su movimiento vi.

¡Rosmunda, Rosmunda mia!
Habla, huyamos.—Pero en vano
Que le hablara la pedía,
Pues volvió á tocar su mano
De bronce una estatua fria.

¡Este es un sueño horroroso!
Decia, entre sí, Fadrique:
Yo oí su acento armonioso.....
¿Y no hay nadie que me explique
Este arcano misterioso?.....

Y otra vez volvió á tocar,
Para ver si se engañaba,
Aquél cuerpo singular;
Y una estatua, á su pesar,
Pesada y fria encontraba.

¡Yo voy á volverme loco!.....
Dijo al fin desesperado,
En la celda me sofoco,
Que el aire está condensado
Y respiro poco á poco.

Mas no quisiera salir
Sin tal misterio aclarar;
Pero pasos al oír

De gente que iba á llegar;
Preparose para huír.

—Mis voces, voto á san Pablo,
Han despertado á la gente;
Mas si hoy el Omnipotente
Me olvida, mañana el Diáblo
Me será mas complaciente.

Huyamos que la campana
Escucho fuerte sonar:
A Dios, Rosmunda tirana,
Que yo volveré mañana
Este misterio á aclarar.

Y diciendo esto salió
De la celda en el momento,
Y poco despues entró,
De la Priora en seguimiento
La gente que ella guió.

Y Rosmunda recobrando
Fué su espíritu vital;
Y el bronce se fué animando,
Y aquella estatua glacial
Fué al fin su calor cobrando.

—¿Donde estoy! dijo, por fin,
Con voz celestial, Rosmunda!
Siento una dicha profunda,
Como goza el Serafin
A quien Dios de gloria inunda.

Del pasado no me acuerdo
Sino muy confusamente:
Ya soy otro ser viviente;
Y solo guardo un recuerdo
De que viví anteriormente.

¡Y siento en mi alma un ardor.
Pero un ardor tan divino
Y tan celestial amor,
Que me arrastra mi destino
A alabar al Criador.

Y ante su imagen sagrada
Cayó al punto arrodillada
A hacer oracion ferviente,
Cuando la Priora asustada
Entró allí violentamente.

Mas cuando á Rosmunda vió
Con tanto fervor orando,
Que ni aun á ella entrar sintió,
Dejóla seguir rezando,
Y sin hablarla salió.

IV.

Dicen que no ecsiste amor
Los hombres en la muger:
Que esta no llega á querer
Con aquel vehemente ardor
Que hace á el alma padecer.

¡Se engañan! El corazon
De la muger es sensible;

Y al sentir una pasión,
Esta se eleva terrible
Cual volcan en su esplosion.

Sin la estrema libertad
Que el hombre goza indiscreto,
Pudorosa y en secreto
Vive en pura idealidad
De su amor con el objeto.

Y tal vez aquel que amor
Ha hecho á la infeliz sentir,
Se burla de ella traidor,
Y va á otras mil á mentir
El mismo infinito ardor,

Que así los hombres crueles
Hacen á todos instantes;
Mientras ellas aman fieles,
Ellos muéstranse inconstantes
Y á su juramento infieles.

Y cuando alguna á saber
Llega su incostancia odiosa
Y al traidor esquivá ver,
De inconstante y veleidosa
El acusa á la muger.

Quiéranlas cual ellos son;
Mas de infieles no las culpen:
Paguen pasión por pasión;
Mas preciso es las disculpen
Si ántes las hacen traicion.

Que en este mundo cruél,
La muger sensible y bella
Es ya inconstante ó ya fiel:
Si el hombre es fiel, fiel es ella:
Y si él infiel, ella infiel.

Y los que impios deshacen
La honra así de la muger,
Sin milagros pretender,
Búsquenlas como las hacen,
Y no cual debieran ser.

Por eso la fiel Leonor
No se olvida ni un instante
Del objeto de su amor,
Porque él la adora constante
Y jamas la fué traidor.

Por eso la triste llora
Por calmar su pena impia,
Desde que nace la aurora
Hasta que la luz del dia
Los montes ya no colorá.

Y por eso abiertamente
Se niega á tomar esposo,
Aunque su padre inclemente,
Sin descanso ni reposo
Reconviene á la inocente.

Es el dia que á la noche
Siguió en que Fadrique, ciego,

Para sacar á Rosmunda
Entré en el santo convento.
Leonor triste y desolada
En su casa, sin consuelo,
Llora en tanto que su padre
Así la habla algo severo.
—Leonor mia, don Fadrique
Llegará dentro un momento
A pedirme que le cumpla
Lo que le ofreci hace tiempo.
Si en algo aprecias mi vida,
Si ya no te son molestos
Mis cuidados, y conservas
A tu padre algun respeto,
Preciso es que des tu mano
A quien la vida le debo.
En esta carta que acabo
De recibir con contento,
A don Felix de Monzon
Que me recomienda leo
Un amigo de mi infancia.
Y en cuanto venga pretendo,
Que él llegue á ser el padrino
De este feliz himeneo.
Si obediente me obedeces
Hija mia, como espero,
Y como te pidió amante,
Derramarás en el pecho
De tu anciano y triste padre
La ventura y el consuelo.

Pero escucha; y segunda vez leamos
El contenido de esta carta atenta,
Y á un amigo infeliz favorezcámos.
“Amigo Diego: Quien la horrible afrenta
“No venga hecha al honor que tanto amamos,
“A los ojos del hombre se presenta
“Aun mas vil que el gusano que en el cieno
“Despreciable se arrastra de ansia lleno.
“Dos años ha, dos años que una impia
“Nube al honor se opuso que fulgente
“Brilló cual sol en la familia mia:
“Un hombre, por mi mal, con pecho ardiente,
“De mi prima infeliz doña Mencía
“Llegose á apasionar; y la inocente
“Amándole tambien con toda el alma,
“Perdió, por él, del corazon la calma.
“Pues bien, este hombre que juró rendido
“Amor constante á la infeliz hermosa,
“Un favor alcanzar quiso atrevido
“De la que aun no era su adorada esposa;
“Mas no logrando al fin, el fementido,
“Su anhelo conseguir, una horrorosa
“Bebida preparó, que ella al probarla,
“Su honra perdió para jamas cobrarla.
“Huyó de la ciudad Pedro Mejia,
“Que este es el nombre del feroz tirano;
“Y al saber el hermano de Mencía,
“Don Felix de Monzon, que en esa ufano
“Hoy don Pedro se encuentra, muerte impía

“A darle marcha con fornida mano;
“Mas mientras logra su venganza, os ruego
“Que á mi primo ateadais, amigo Diego.
“Ha algunos dias que emprendió el camino
“Llevando solo su tajante espada,
“Compañera del bueno ó mal destino
“Que la suerte le tenga preparada.
“Que le tengais en esa yo imagino,
“A poco que esta carta os sea entregada,
“En la cual mil venturas os desea
“Francisco de Monzon y de Perea.”

Diego.—¡Pobre Francisco Monzon!
Tus fuertes penas comprendo! . .
El honor joya es preciosa
Del que nació caballero! . .
Dijo guardando la carta,
Despues de leerla, Don Diego.
Hija mia, voy al punto
A mandar que un aposento
Para mi recomendado
Arreglen en el momento.
Queda á Dios y no estes triste:
Dá gusto á tu padre tierno
Mostrándote placentera
Y con el rostro risueño.
Y diciendo esto salió
Sin inquietud en el pecho,
Dejando á Leonor llorosa
Y agudo dolor sufriendo.

—;Que esté risueña y alegre! . . .
;Que muestre el rostro sereno
Cuando la borrasca impía
Destrozando está mi pecho! . . .
Dijo Leonor derramando
Lágrimas mil sin consuelo.
Mas no bien hubo acabado
De decir estos conceptos,
Cuando Fadrique á sus ojos
Se presentó placentero.
Asustóse la infeliz;
Mas él sin notar su extremo,
Sentándose junto á ella
La habló afable en estos términos.

Fadrique.

Ya por fin, Leonor hermosa,
Vuelvo á verme á vuestro lado,
Rendido y apasionado
Cual el mas fiel amador;
Y otra vez, tierna mi alma,
Pide, en su amargo destino,
De vuestro labio divino
Una palabra de amor.

No airada, Leonor hermosa,
Os mostreis á mi querella,
Que es impropio en una bella,
El desprecio y el rigor:
Antes calmad mis tormentos,
Virgen candorosa y pura;

Y oiga yo, por mi ventura,
Una palabra de amor.

Mas ¡ay! que si mis amores
Os causan penas y enojos,
Y airada volveis los ojos
Por no calmar mi dolor:
No mas os seré importuno:
Ya no he de volver á veros;
Mas oiga, antes de perderos,
Una palabra de amor.

¡Ah! todo cuanto he sufrido
En los dos años de ausencia,
Sin gozar vuestra presencia
Y pensando en vos, Leonor:
Todo, todo, Leonor mia,
Sufrió con alma resuelta,
Por alcanzar á mi vuelta
Una palabra de amor.

Leonor.

No me habéis, por Dios, Fadrique,
De vuestro amor y ternura,
Cuando es hiel vuestra dulzura
Y piedad vuestro rigor:
Pues nunca oirá de mis labios
El que hirió al bien de mi alma,
Aunque siempre esté sin calma,
Una palabra de amor.

Bien podrá mi amado padre

Hacer mas cruel mi suerte:
Bien podrá darme la muerte
Llevado de su furor;
Mas nunca oirá de mis labios
El rival de mi Fernando,
Mas que yo viva penando,
Una palabra de amor.

Olvidadme, pues, Fadrique;
Y si me áprecia vuestra alma,
Dejadme vivir en calma
Sin aumentar mi dolor:
Pues nunca oirá de mis labios
El verdugo de mi amante,
Ni aun en el último instante,
Una palabra de amor.

Fadrique.

¡Ah! Leonor, vuestras palabras
Confieso me han ofendido,
Porque nunca he merecido
Me traten con tal rigor:
Un delito solamente
A cometer he llegado,
Que es haber solicitado
Una palabra de amor.

Decís que soy de Fernando
Verdugo; soy caballero,
Y le maté con mi acero
Cuerpo á cuerpo y con valor:
Vuestro padre fué, sabedlo,